

En el juego de la gallina ciega repetimos frases que han venido, por tradición, desde remotos tiempos. Así, el que está vendado dice:

I go a hunting a brassy fly (1).

A lo que los demás niños responden:

A hunting thou goest, but shalt not come nigh (2)

También los encantadores cuentos, como *El Gato con botas*, que leíamos en el libro de Perrault; *El Pulgarcito*, *La Cenicienta*, nos han venido desde tiempos inmemoriales. Las niñas del siglo XX dan á los cuentos de las hadas y á su maravilloso país la misma fe que le prestaban las chicuelas arrulladas por el Ganges ó el Tiber, ó las que jugaban á las sombras de las Pirámides, ó las que pasaban horas enteras oyendo á las abuelas, á la luz de la lumbre, en alguna choza de las montañas escocesas.

## Ficciones y realidades

(Concluye)

Comprendía Jeromo, y esto lo llevaba harto inquieto, que ni sus padres, ni los arreos de su casa podían presentarse así, de buenas á primeras, ante la familia y los relacionados de Angélica, sin quedar en humillante desdoro. Porque en cuanto á don Aniceto y á doña Teresa, tenían apenas la educación estrictamente necesaria para las cortas relaciones de la parroquia, pero carecían en absoluto de la que se ha menester en la vida del gran mundo, y en lo que á la casa se refiere, nada había en ella que denunciara gusto, cultura ú orden. Sacando unos muebles que la adornaron por los días de la luna de miel y que andaban ya rotos y destartados, los demás se debían á la impericia de

(1) Voy á buscar una mosca de color bronceado.

(2) Vas á buscarla, pero nunca se te acercará.

uno de los mayordomos de don Aniceto, aficionado á pulir tablas.

Jeromo, para subsanar en algo estos defectos, trazó un plan antes de dejar el pueblo, según el cual, él les mandaría á sus padres las lecturas más apropiadas á formar conversación y gusto en armonía con los usos de la sociedad elegante, y en cuanto á la casa, debía ser totalmente transformada. Ignoramos los beneficios que el plan de Jeromo produjo en don Aniceto y en doña Teresa, pero sí sabemos los que produjo en las maltrechas casas de Quebrada Blanca. Doña Teresa, en representación de su enfermo marido, no se llamaba andana para complacer á su hijo. Gastó dinero sin miedo y con bastante provecho ciertamente. Un mobiliario de últimos estilos, elegante y costoso, reemplazó al anticuado y piernirroto que hacía veces de tal.

En las paredes no hubo lugar en donde no tuvieran que ver el palustre y la plomada, y por techos y pavimentos pasó la mano reparadora de los trabajadores. No quedó ni teja, ni ladrillo roto. De los aleros desaparecieron las barbacos colgadas allí para varios menesteres, y se suspendieron en su reemplazo jaulas con pájaros diversos. En donde antes se veían mamarrachos pintados con carbón y por travesura, ó el raspón que un fardo había hecho en el viejo enlucido del corredor, se ostentaban ahora pintorescos paisajes: aquí una cascada; al frente un atardecer de verano, más allá una regata en el lago.

Los chiqueros y apriscos que estaban cerca de la portada principal, con exclusión de la higiene y del aseo, fueron á dar á lugares más convenientes y apartados. La escoba, que era perezosa en aquella casa y solía danzar sólo por los lugares principales, y esto una vez por mes, salía ahora por todas partes, pillando hasta las basuras de menos cuenta, que se solapaban en los rincones, y alborotando polvo, plumas y pajitas en el patio de los graneros, en donde tenía lugar el cargue y descargue de los ca-

rrros. Sin entrar en más particulares, apuntaremos que las casas quedaron tan hermosas y renovadas, como feo, escuálido y cadavérico estaba don Aniceto.

Jeromo se había comprometido á dar noticia oportuna á sus padres de todos los lances que se fueran presentando en los amores con Angélica y á decirles con oportuna anticipación el día del matrimonio. No era raro, pues, que doña Teresa, en plena salud y convencida del honor que como suegra se le aguardaba, esperara con anhelo la llegada del correo y que abriera las cartas de su hijo, con trémulas manos, como si fuera á encontrar en ellas la cifra de un misterioso enigma. No sabemos el contenido de esas cartas, pero sí que la llegada de cada una era un acontecimiento en el pueblo. Desde el alcalde hasta el último prójimo del lugar las interpretaban á su manera, pero siempre de modo favorable al matrimonio de Jeromo.

Las gentes principiaron á fantasear las fiestas de que iban á ser testigos Quebradablanca y el pueblo todo, cuando Jeromo viniera casado; y como punto culminante de ellas aparecían entre rosados celajes las grandes comilonas con que los suegros festejarían á su Angélica; comilonas que no tendrían por qué avergonzarse al lado de las célebres bodas de Camacho y que azuzaban el apetito de muchos hasta el punto de traducirse en bostezos. Hubo personas que quisieron volver á la amistad de don Aniceto para ir á la parte en los festejos que en su casa se preparaban, y no faltaron quienes se golpearan el pecho en són de penitencia, por haberse puesto, sin qué ni para qué, á divulgar los defectillos de don Aniceto.

Don Cleto y Cándido, genios maleantes, comentaban un día todas estas cosas, en una armonía á que no estaban acostumbrados, y motejaban lindamente á los que querían de nuevo andar camino de Quebradablanca, á rascarle el cogote á don Aniceto, cuando vino á interrumpir la conversación doña Andrea, amable consorte de don Cleto, señora bonísima y hacendosa como pocas, aunque algo gri-

tona y alharaquenta. Pensó, equivocadamente, que de lo que se trataba entre padre é hijo era de una reconciliación con su primo Aniceto, y ¡ahí fue Troya! Reconvino duramente á don Cleto, sin que él, veterano ya con su carga matrimonial y poco dado á exasperarse, hiciera otra cosa que explicarle á doña Andrea, con una amabilidad digna de tener imitadores, lo que conversaba con Cándido. Las cosas no habrían ido más adelante, pero un acontecimiento inesperado vino á animar la escena y á darle fin: la mujer que entendía en los asuntos de la despensa se acercó á doña Andrea á hacerle un pedimento. Cuál fuera, no lo sabemos, pero las palabras que oyó don Cleto produjeron en él efectos mágicos, como si hubiera oído la trompeta del juicio final: perdió la paciencia, que casi nunca le abandonaba, dio dos vueltas sobre el pie derecho, se mesó los escasos cabellos con ambas manos, y con vertiginoso andar, dando traspiés en el desigual pavimento del corredor, se dirigió á su cuarto murmurando. “Sí, sí, mi mujercita lo que quiere es salir de mí.” Salió á poco estrujando por debajo de la ruana unos papeles, que él decía ser una escritura, y diciendo entre dientes: ahora sí no hay redención; vendo *El Ensueño* y yo veré. Doña Andrea, entre gimo-teos que no llegaban á lloro, se apresuró á calmar á su marido, y la escena aquella tan aparatosa no pasó de una divertida charanga.

Pero antes de pasar adelante, volvamos los ojos á Maruja. Había ella despertado á la vida de las ilusiones con el amor de Jeromo; á él le había consagrado sin reserva sus virginales afectos; él había llegado á ser la razón de su existencia, y ahora y por primera vez, sentía por su causa la mordedura humana clavada sin piedad en el alma. La risa huyó de sus labios y la alegría de su corazón.

La vida llevada en el pueblo la hacía recordar días de dichas desvanecidas, y era parte para ponerla triste.

Don Benito resolvió llevarla á la ciudad á fin de distraerla. Maruja aceptó siempre que la llevara al convento.

“La madre Encarnación y la madre Santa Cruz, dijo, fueron tan buenas conmigo; quiero ser grata: deseo pasar unos días con ellas.”

El viaje se arregló y en un día como aquél en que acompañada de sus hermanos y de Jeromo vino al convento, don Benito y Maruja dejaron la casa y tomaron el camino de la ciudad. ¿Quería Maruja hacerse religiosa? Nadie lo ha sabido.

En el convento estuvo un mes y otro mes, llevando de propósito la vida que sabía llevar cuando era colegiala; tomaba parte en los juegos de las alumnas menores, como si buscara en las alegrías de la niña consuelo para los pesares de la joven, y pasaba largas horas en la soledad de la capilla.

Un día dijo sentirse mal y se fue al dormitorio. El médico del convento comprendió que estaba atacada por una enfermedad mortal, reinante entonces en la ciudad y que hacía todos los días numerosas víctimas. Las monjas, que adoraban á Maruja, le prodigaron, á competencia, toda suerte de cuidados. Su tía, la hermana de doña Rita, no se separó ni un momento de la cabecera. El médico agotó los recursos de su ciencia, pero todo en vano. Era imposible disputarle á la muerte aquella víctima preciosa. Maruja sucumbía á poder de la enfermedad: ¡iba á morir! Fuerte, como las vírgenes cristianas aprestadas al sacrificio, esperaba con tranquila resignación el trance fatal. En los delirios no cesaba de llamar á sus padres. Don Benito y doña Rita, avisados del peligro en que estaba su hija, volaron á la ciudad, pero tarde ya. Cuando entraron en el salón de recepciones, la campana mayor del convento doblaba: Maruja había muerto.

Mientras estas cosas pasaban, Jeromo gozaba de la vida y del dinero, y con una inexperiencia jactanciosa, se engolfaba en sus amores fantásticos.

No era ciertamente Angélica, rodeada de amadores millonarios y aristócratas, quien daba pábulo á la pasión del

provinciano; éranlo sí los amigos de Jeromo. Atentos á explotar su carácter petulante, le adulaban haciéndole creer que Angélica se moría por él.

—¿No notaste, le decían, cómo anoche en el teatro, no te quitó los gemelos?

—Nó, nada noté; yo sí no le quité los míos, y creo, ando muy engañado, que ella no echó los ojos sobre mi palco ni una sola vez.

—Pero hombre, tú nada ves. Resueltamente, el amor te tiene ciego.

Cuando en los parques y paseos, Jeromo encontraba á Angélica, no parpadeaba á fin de no perder ni la más leve señal de correspondencia amorosa, pero siempre notó que era para Angélica tan indiferente como otro viandante cualquiera.

—Se convencen ustedes, les decía á los amigos, ha pasado sin darse cuenta de mi presencia.

—Pero sí que eres exigente Jeromo; cómo se ve que estás enamorado, le contestaban. En estas cosas hay que ir con tiento, poco á poco, á pasos medidos; hay que darle tiempo al tiempo, y ¡vaya! que si te miró. Mientras tú bajaste los ojos, te echó una mirada muy significativa. Jeromo, que estaba persuadido de no haber bajado los ojos, creía, sin embargo, el dicho de sus amigos. El amor no le daba respiro ni tregua, y sin hora de reposo andaba buscando ocasión de ver al objeto de su desvelo. De continuo estaba á la ronda por la calle.

Un amigo bastante generoso, viendo que Jeromo corría á un triste desengaño, quiso detenerlo en su loco empeño. Pero en vano. No fue bastante el que le dijera que Angélica estaba para casarse, pues Jeromo aseguraba que nó, y sordo á toda razón y ciego á toda apariencia, echaba adelante.

Un día vio con Angélica, en uno de los gabinetes de la casa, á un joven de apuesta figura, de alongada faz, de cabello rubio y ensortijado, de gafas de finísimos engastes y que revelaba en toda su catadura un galán de corte.

Sobre ascuas se puso Jeromo. Sintió dislocado el corazón, seca la boca, caliente la cabeza. Iba de aquí para allí sin són ni ton, y no acertaba á tomar resolución, ni á ensayar camino.

En éstas andaba cuando el joven galán, despidiéndose de Angélica, con una cortesía amabilísima, dejó el gabinete y desapareció.

Esta circunstancia, unida á la llegada de algunos amigos, tranquilizó un tanto á Jeromo. Díjoles de corrida cómo estaba amenazado por un rival, y les pidió consejo en tal trance.

—Pues vamos á ver, dijeron ellos, cómo se muestra Angélica esta tarde, y luégo daremos parecer.

Angélica parecía abstraída en hondos pensamientos y dejaba vagar incierta la mirada sobre el tráfago de la calle, sin fijarse con atención en objeto alguno. A veces clavaba sus grandes ojos negros en el espacio y seguía con atención las nubes, que, doradas por el sol en su ocaso, navegaban al poniente y ora se unían, formando moles gigantescas, ora se separaban tomando formas fantásticas y caprichosas, ó ya afectando gasas y plumones iban y venían, giraban en torno unas de otras, se confundían y cruzaban en todos sentidos, para desaparecer luégo en los espacios infinitos. Tal vez encontraba en lo que tenía á la vista, similar con las ilusiones que hacen juego en el corazón del que ama y es amado, y en que de seguro estaba engolfada su alma. Jeromo y sus amigos no omitieron medio á fin de que Angélica se fijara en ellos, y tanto pasaron y repasaron por frente á su balcón, que al cabo, con alegría de los impertinentes pollastres, la dama paró en ellos la atención. Una leve sonrisa plegaba sus labios, que dejaban entrever dos hileras perfectas de dientes formados de nieve; en el conjunto general de su fisonomía se adivinaba la placidez de la virgen que ha viajado en alas de la fantasía y del ensueño, por el país de la esperanza y del amor. Más

que una mujer parecía una diosa modelada por el cincel de Grecia. Angélica, con el temperamento de los seres privilegiados, había nacido para respirar el aire del ideal, de la poesía y del amor; de esa poesía del corazón que puebla de encantos la vida, y embellece y colora cuanto toca.

Los jóvenes fijaron en ella los ojos de modo pertinaz, hasta el punto de obligarla á mirarlos.

—No perder detalle, dijéronle los amigos á Jeromo. Vé qué ojos tan seductores; en esa boca juegan las gracias. Mira qué arranque tan soberano el de esa garganta; está amasada con leche y rosas, y á gritos pide el homenaje de la adoración.

—Ah! por supuesto, no queda duda; sí, evidente, Angélica te adora, Jeromo.

Jeromo, ebrio de gozo, se frotaba las manos y no sabía en cuál de las dos poner el bastón.

En éstas, Angélica desapareció del gabinete, y el grupo de amigos siguió comentando el asunto que tenía entre manos.

—La última mirada fue muy significativa, dijo uno de ellos. ¿Cómo la interpretan ustedes?

—Yo, dijo otro—encuentro en ella una súplica de Angélica, para que Jeromo pierda el miedo y pida la entrada á la casa.

—Eso mismo opinamos nosotros, dijeron en coro los demás.

—Por otra parte, observó un tercero, como puede suceder que realmente exista un rival, importa que Jeromo entre cuanto antes á la casa, á fin de que ese rival no ande golpeando en frío, y sepa de una vez y para siempre, quién es Jeromo y cuánto vale.

—Acordado, respondió el agraciado: entraré á la casa cuando ustedes gusten. De los valientes es el mundo, y con esto, todos fueron andando al casino, á fin de acordar en común, el modo como debía Jeromo realizar su valiente determinación.

Después de mucho hablar y de discutir sin cuento, y en medio de brindis, improvisaciones y discursos á la incomparable felicidad que el amigo aguardaba, se convino en que Jeromo se hiciera á la amistad del padre de Angélica, entrando en negocios con él. Esto, sobre muchas ventajas, tendría la particularísima de que así podría Jeromo darse á conocer íntimamente del que buscaba por suegro, ponerlo en el secreto de los caudales de don Aniceto, ganarse su confianza y afectos, y convertirse en el mejor de sus amigos y en el más íntimo de sus confidentes. La entrada á la casa sería un corolario desprendido necesariamente de esta amistad, la cual, nacida en la bolsa, en el banco, en el barullo de los negocios, se tornaría en íntima y cordial; en amistad que no se queda parada á la puerta, ni esperando en el escaño de la oficina, sino que va sin embozos ni tanteos á tomar parte en las intimidades de la familia. Angélica, que ya se mostraba tan inclinada á Jeromo, sentiría por él, al tratarle de cerca, los delirios de la pasión, y en tan alto grado llegaría á adorarle, que cualquier rival aparecería sólo para quedar vencido. Entonces, ¡adiós temores, incertidumbres y tristezas! Al frío tecnicismo de la especulación y del cálculo, se sucedería el lenguaje ideal de los enamorados, y á las prosaicas escenas de la vida, las indecibles y mágicas del retrete, al lado de la mujer amada entre perfumes y flores, embargado el oído por el arrullo de su voz, ebrios los ojos por la contemplación de sus hechizos adorables.

La dicha que se le esperaba á Jeromo era para hacer estallar el corazón más frío. Ay! doña Teresa iba á reventar de alegría! Bien lo decía ella: "Jeromo, sin estudiar, y sólo por el dinero, llegaría á ser una gran cosa."

El plan acordado en el casino debía principiar á realizarse al día siguiente. Con este pensamiento, Jeromo dejó el lecho antes de lo acostumbrado, y fue á tomar posesiones para ponerse al habla con el padre de Angélica. Colocado en lugar conveniente, esperó y más esperó, pero el rico personaje no apareció por parte alguna, y en la casa, cuyo

portón estaba cerrado, no se notaba movimiento. ¿Qué podrá ser? se preguntaba Jeromo, y sin acertar con nada que calmara la inquietud en que iba entrando, veía que las horas pasaban con lento andar. Convencido de que con ir y venir de un extremo á otro de la calle nada adelantaba, se disponía á alejarse en busca de los amigos, cuando apareció en el portón de la casa un criado de la servidumbre del padre de Angélica. Verlo Jeromo é irse derechamente á él, todo fue uno. Y en un dos por tres estuvo informado de lo que había sucedido; la familia había salido por el primer tren de la mañana á sus ricas posesiones de tierra caliente, y no volverían á la ciudad sino pasado un mes.

¡Un mes de espera. Dios mío! y esto cuando ya Jeromo tocaba con las manos el cielo de la ventura, que servía de recompensa á tantos afanes!

Los consejos de los amigos, y más que todo el estado alarmante de don Aniceto, apartaron á Jeromo del proyecto de seguir en pos de su amada, y hubo de resignarse, á su pesar, á permanecer en la ciudad contando minuto por minuto el tiempo que restaba para volver á contemplar á Angélica y llevar á cima sus proyectos.

La ausencia de Angélica, en vez de amenguar, aumentaba día por día la adoración de Jeromo, quien no encontraba modo de apartarla de la mente, ni de libertarse del poderoso vasallaje con que su recuerdo le embargaba el alma. Cuando el ánimo le faltaba, cuando la tristeza lo invadía, los amigos le daban consuelo hablándole de lo cercano de su triunfo y haciéndole creer que si él estaba triste por Angélica, ella no lo estaría menos por él, y que de seguro haría apresurar la vuelta á la ciudad para ver cuanto antes á Jeromo.

Un día, y ¡oh día venturoso para el hijo de don Aniceto! Jeromo supo que la familia de Angélica acababa de llegar á la ciudad. Sin esperarse á razones fue á la esquina, necesitaba ver cuanto antes y por sus propios ojos la realidad de su dicha, lo cierto de su fortuna.

Parado y sin pestañear, estuvo allí horas y horas, aguardando, febricitante y nervioso, á que apareciera en aquellos gabinetes la luz de su esperanza. Algunos amigos, sabedores de la grata nueva, se acercaban á felicitarlo y á formarle corro. El tiempo pasaba y la ansiedad crecía. Saldrá ó nó, se decía Jeromo, con la impaciencia propia á los achaques de amor y cuando el desaliento hacía presa en unos y la duda y la desesperanza estrangulaban á Jeromo, se vio de pronto un movimiento en los cortinajes de seda y de damasco; el sol de la tarde que se quebraba en las vidrieras hizo juego en ellas; el gabinete se abrió, y Angélica, con un grupo de amigas, apareció en él. Como se alegra la naturaleza con la presencia del alba, y siente los vigores de la vida palpar en sus entrañas, así se alegró el corazón de Jeromo, con todos los ardores de la juventud, á la presencia de Angélica, y comprendió que la vida tiene cumbres doradas, á donde se va en alas de los castos amores á respirar el libre ambiente de la poesía y de las ilusiones.

El día siguiente iba á ser trascendental en la vida de Jeromo. El mundo de doradas esperanzas se iba á convertir en una realidad tangible. Qué mucho, pues, que pasara la noche acariciado por los sueños más seductores y alados. Angélica le amaba seguramente: las aseveraciones de los amigos no le dejaban la menor duda; las enseñanzas de doña Teresa le hacían ver rebajada toda excelsitud; no le faltaba, ahora, sino llevar á la práctica el plan de negocios para hacerse á la amistad del padre. ¿Pero qué negocio podría proponerle? No sin dificultades acertó Jeromo con uno de los muchos que se le agolparon á la mente; tomarle en arrendamiento una de sus haciendas, así, como para principiar, y luégo ir desarrollando, al lado de éste, otras operaciones que le llevaran á la meta deseada.

Venida la mañana, se atavió Jeromo, como convenía al trance en que se iba á hallar; retempló el ánimo con consideraciones sobre lo que él valía y con algunas frases

de lisonja y aliento que le prodigaron los amigos, y acompañado de dos de éstos, se encaminó á la casa de Angélica.

Era día de gran trajín en las oficinas de su presunto suegro. Los dos amigos se quedaron en la esquina, y él, apretando los guantes con la mano izquierda y bambolean-do con la derecha el bastón, se dirigió á la puerta. El transportón estaba de par en par, y por la derecha arrancaba una escalera ricamente alfombrada, que daba á un pasillo verdaderamente regio.

Quedóse sorprendido Jeromo al ver tanta magnificencia, y con vanidosa sorpresa veía en los grandes espejos, cuán bien le sentaban los arreos de su traje, cuando por una puerta que quedaba al frente apareció Angélica. Jeromo se inclinó ante ella, en ademán respetuoso y cortés, y le iba á decir "aquí me tienes," cuando la dama, sin mostrar la menor turbación, con el aire despreocupado de quien se encuentra ante un individuo desconocido y del cual no se tiene antecedente alguno, le preguntó á quién buscaba.

—Al padre de usted, señorita, respondió Jeromo, turbado en extremo.

—Mi padre está en la oficina, contestó Angélica; puede usted seguir por esta puerta de la derecha, y acercándose á la puerta indicada, dijo: "Papá, te necesita un cachifo," y haciendo una ligera inclinación de cabeza, se alejó, mientras Jeromo se internaba en la oficina.

Al frente de un rico escritorio de caoba estaba sentado el personaje buscado. Repasaba con suma atención una larga serie de números, y de vez en cuándo hacía anotaciones en un libro de cuentas. El movimiento de las grandes casas de negocios se notaba en los departamentos que seguían á aquel en que Jeromo acababa de entrar. Andando á pasos medidos se puso al lado del escritorio del acaudalado personaje y, con un saludo cortado, se hizo presente. El padre de Angélica contestó el saludo y sin apartar los

ojos del todo de las cuentas que examinaba, le invitó á que tomara asiento. Pasado un momento, se quitó las gafas, las limpió y, poniendo una mano sobre la otra en el descanso del escritorio, dijo :

—Estoy á las órdenes de usted, caballero.

Jeromo expuso como mejor pudo el objeto de su visita, y cuando hubo acabado, recibió la más fría y terminante de las negativas.

—En todo caso, terminó diciendo el banquero, si usted desea una de mis haciendas, que venga el padre de usted á apalabrar el negocio conmigo.

Y asunto concluído. Jeromo fue despedido con un mohín de desdén.

Cuando estuvo en la calle, los amigos que le esperaban por momentos se fueron á encontrarle con los brazos abiertos.

—¡ Qué cara traes ! le dijeron al darle el primer abrazo. Hábla, que ardemos por saber el resultado de tu trabajo.

—¡ Ah, mi trabajo ! contestó Jeromo, todo ha sido un fiasco, un sueño, una quimera. Angélica no dio muestras de conocerme, y su padre es un rudo, áspero y sabrido negociante.

Por aquí iba Jeromo en el mayor de los despechos, lamentándose de su mala suerte, cuando un amigo, al cual hacía algunos días no veía, se acercó á él y le dijo :

—He ido hoy varias veces al hotel en tu persecución y no he tenido la fortuna de encontrarte. Y te buscaba para comunicarte una cosa importante.

Todos callaron y el amigo continuó :

—Sí, una cosa importantísima, que te va á preocupar mucho y á quitar el sueño y el apetito.

—Dejémonos de preámbulos, y sepamos cuanto antes las nuevas que traes, replicó Jeromo.

—Te buscaba para decirte, amigo Jeromo, que Angélica está para casarse con el joven aquel que viste una tar-

de en el gabinete. Lo sé de una manera evidente : así pues, tus pretensiones con ella son imposibles.

Si un rayo hubiera caído á los pies de Jeromo, hubiera mostrado cara menos extraña que la que mostró al oír estas palabras. Toda esperanza quedaba deshecha ; todo esfuerzo era inútil y vano ya. La pobre de doña Teresa seguiría esperando, correo por correo, la carta prometida. Al saber el fracaso de su hijo, ella, tan propensa á llorar y á golpearse el pecho, sucumbiría de tristeza, y ¿ cómo iban á ser las burlas de don Cleto y las risas de todo el pueblo ? ¿ Y la cara larga de los que deliraban con la boda ? ¡ Oh, Dios mío, qué de reveses tiene la vida humana !

Jeromo, vacilante en el andar, pálido el rostro y como extraviado de sentido, se encaminó al hotel acompañado de sus amigos. Ya en sus habitaciones, principiaron éstos á consolarle. Agotaron todos los recursos persuasivos para convencerle que no debía echarse á la desesperación por la mala suerte de sus amores. En aquella conversación corrieron todos los tonos, se agotaron todas las historias para reanimar al desvencijado amante.

Y si en una ocasión hubo versos para celebrar el plan que acababa de fracasar, ahora también los hubo. Alfredo de Musset prestó sus estrofas, y como Jeromo se lamentase de lo fugaces y traidoras que son las alegrías y de lo desgraciado de sus amores, un amigo le dijo con el poeta de *Las Noches* :

Es injusto aborrecer  
Nuestras horas de alegría,  
Si la fortuna fue impía  
Haz lo que ella sin temores,  
Y al hablar de esos amores  
Que tu labio se sonría.

Venida lá tarde, los amigos se retiraron y Jeromo se quedó solo. Recostado en el lecho, tornó el pensamiento á su pueblo y á sus años de colegio. Con una claridad abrumadora se destacó en su memoria la imagen de Maruja.

La veía cuando, con las manos llenas de flores, andaba á la escuela, ó bien en las inolvidables visitas del convento con su traje de colegiala y su vocecita argentina. Parecía-le estar oyendo los adioses de despedida que daba Maruja á sus hermanos y á él antes de que se entornara la puerta del claustro. Sentía la presión de su brazo, cuando en las noches de luna salía con ella por las calles de su lugar, y como una celestial melodía que calma los pesares y sublima el alma, resonaba en sus oídos el sí, poema de los corazones, con que Maruja respondió un día á los anhelos amorosos de Jeromo, y le entregó sin reserva su corazón de virgen.

Pero Maruja estaba muerta, y por las mejillas de Jeromo principiaron á correr las lágrimas. El la había traicionado, y hasta entonces no había tenido para su memoria tributo alguno.

Tántos pesares lo hicieron entrar en un sopor angustioso, y soñó con Maruja. Al despertar se levantó murmurando estas estrofas de Musset :

Espectro de mi amada, irte te pido ;  
 Vuélve á la tumba si de allí has llegado ;  
 Déja mi juventud que dé al olvido,  
 Y si pensaba en ti, dí que he soñado.

\*  
 \* \*

A los pocos días de los hechos que quedan relatados, Angélica, recién casada, seguía para Europa, y Jeromo tomaba el camino del terruño nativo, dejando atrás la felicidad perdida ; teniendo delante la perspectiva del deshonor y de la miseria ; llevando dentro el escozor de la conciencia y las amarguras del desengaño.

Iba á su pueblo á recibir el último suspiro de don Aniceto.

Por el camino iba murmurando :

— ¡Suerte negra la mía ! Y después dirán que uno tiene la culpa de lo que le sucede, y que no hay fortuna y desgracia.